

bólico, especialmente de la explicación socio-psicológica del origen y la naturaleza del *self* humano, y cómo funciona en la interacción social. Por otra parte, tuve que hacer esta reafirmación total orgánica sin recurrir al reduccionismo fácil y a las explicaciones instintivistas freudianas del funcionamiento biológico total. Creo que estas dos obras ofrecen la base necesaria para una teoría unificada de la acción.

Finalmente, esta tercera obra complementa a las dos primeras, redondeando y sustentando históricamente una teoría unificada de la acción. Su tarea es colocar todo el conocimiento de la naturaleza humana en la perspectiva histórica de los dos siglos pasados, en que este conocimiento gradualmente se fue desarrollando. Además, continúa la tarea, iniciada en el segundo libro, de introducir francamente ideas de la filosofía y de la ontología descriptiva naturalista y de tratar de mostrar su lugar indispensable en la ciencia del hombre.

Confío en que el resultado será un marco teórico integral para poner en movimiento una ciencia del hombre socialmente experimental, que se ha estado preparando durante dos siglos. Ahora, otros deben decidir si este marco teórico basta para esta ambiciosa tarea. Soy el primero en confesar el carácter inadecuado e inconcluso de esta trilogía. Todo pensador intenta ir más allá de sus límites con el solo hecho de pensar: como Comte y Feuerbach nos enseñaron, pensar es un asunto comunitario. Intenté abarcar más de lo que me permitía mi capacidad, pero me sentí intrigado, y tuve que ir a donde me llevaron los datos. ¿Debí estudiar más ciertas materias, debí intentar un examen detallado y total de ciertas cuestiones? ¿Debí evitar algunos campos en que mi capacidad era obviamente muy pobre? ¿Debí dejar descansar mi trabajo y que "madurara" durante algunos años, e intentar obtener una documentación más cuidadosa, más amplia y sólida, de las ideas que hoy parecen tan extrañas? Huelga decir que me hice estas preguntas con mucha frecuencia a medida que avanzaba mi trabajo, pero decidí publicar la trilogía apenas la ter-

miné. La principal razón fue el logro indiscutible, el alcance y solidez, de la vasta obra que ha precedido a nuestra época, y en la que pude basarme con confianza y solidez (Baldwin, Freud, Adler, Comte, Lester Ward, Dewey, Merz, Scheler) sólo para mencionar a unos cuantos. Otra razón fue la pura presión de nuestra época: se han dicho muchas cosas, pero no tienen relación con las necesidades de la época ni con las de la ciencia. Después de todo, una obra científica es inseparable de su marco social e histórico: el marco forma parte de la estructura editorial e intelectual de la obra misma. Para mí, esto significa que la urgencia es un imperativo tan importante como el estudio intenso y la precisión. Me sentí feliz al descubrir que en alguna parte de su obra, A. O. Lovejoy se encuentra de acuerdo con esto. Las sólidas opiniones de Toynbee sobre la necesidad de ser audaz en la investigación (*A Study of History* [*Un estudio de la historia*], vol. 13), casi me tranquilizaron. Parece haber suficiente justificación para una obra hoy, si puede estimular a las generaciones más jóvenes de pensadores, y si las induce a plantear de nuevo preguntas generales y básicas, para abordar los problemas más grandes y más difíciles. En las grandes épocas de la creación humana se hicieron estas mismas cosas. Quizá no se me deba juzgar muy severamente por darme prisa en publicar estas opiniones en una época que está muy lejos de distinguirse por el nivel de sus ideas críticas, y que vacila peligrosamente por falta de éstas.

E. B.

Roma, primavera de 1964  
Berkeley, otoño de 1966